

JUANA M. GORRITI

PERFILES

(PRIMERA PARTE)



BUENOS AIRES

FÉLIX LAJOUANÉ, EDITOR
LIBRAIRIE GÉNÉRALE

1892

(Derechos de Propiedad reservados)

IMP. EUROPEA, MORENO ESQUINA DEFENSA

EXORDIO.

T/c, Octubre 20 de 1891

Señora Juana Manuela Gorriti.

Hermana del alma:

He leído complacido tu bello trabajo PERFILES. Mas, por qué poseyendo tan abundantes y preciosos materiales históricos de cada uno de sus personajes, que formarían interesantes y detalladas biografías, has preferido la breve forma del perfil?

.....

JOSÉ MARIA ZUVIRIA.

Señor Dr. José Maria Zuviria:

Hermano del alma:

Para juzgar de la magnitud y resplandor de un astro, basta conocer una de sus faces.

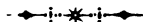
Hé ahí el por qué de PERFILES.

JUANA MANUELA GORRITI.

Octubre 21

ERRATAS

Página	5	línea	1	<i>protechosa</i>	léase	<i>protechoso</i>
»	6	»	19	<i>pretendieron</i>	»	<i>pretendieran</i>
»	18	»	6	<i>empujados</i>	»	<i>empujadas</i>
»	20	» 20 y	21	<i>ondulaban</i>	»	<i>ondulaba</i>
»	23	»	13	<i>Veo ya</i>	»	<i>Vea yo</i>
»	23	»	24	<i>el</i>	»	<i>él</i>
»	25	»	10	<i>tadavia</i>	»	<i>todavía</i>
»	26	»	16	<i>gratitud</i>	»	<i>beatitud</i>
»	33	»	4	<i>prorrumpió</i>	»	<i>prorumpió</i>
»	41	»	23	<i>robaños</i>	»	<i>cabañas</i>
»	43	»	5	<i>tales</i>	»	<i>tantas</i>
»	47	»	10	<i>jócen Julio</i>	»	<i>jócen Gral Julio</i>
»	47	»	13	<i>es de José</i>	»	<i>es de aquel José</i>
»	55	»	5	<i>hacerie</i>	»	<i>hacersele</i>
«	55	»	23	<i>aplicacion</i>	»	<i>filiacion</i>
»	57	»	5	<i>no gritos</i>	»	<i>no ya gritos</i>
»	62	»	12	<i>os</i>	»	<i>los</i>
»	63	»	8	<i>era la</i>	»	<i>era el</i>
»	67	»	17	<i>pesara</i>	»	<i>pesare</i>
»	68	»	17	<i>del</i>	»	<i>al</i>
»	68	»	22	<i>perspectiva po- sible que</i>	»	<i>perspectiva que</i>
»	69	»	11	<i>en</i>	»	<i>con</i>
»	82	»	3	<i>la</i>	»	<i>las</i>





JUANA AZURDUY DE PADILLA.

I

UTIL y provechosa es, ahora que la molicie de nuestras costumbres ha enervado el espíritu de la muger haciéndola esclava del lujo sin otro entusiasmo que el de la vanidad ni mas culto que el de su propia belleza, bueno y provechoso es, decimos, despertar la memoria de mugeres excepcionales de otro tiempo; de aquellas que, guiadas por los preceptos de la iglesia y por los dictados de su corazon, acompañaban al esposo á todas partes, siguiéndole en el llano ó en la montaña, por laderas y precipicios, sin otro culto que el de la Patria.

Una de esas heroínas fué Juana Azurduy, nacida en 1781 en Chuquisaca.

Casada á los veinticuatro años de edad, hermosa y de arrogante porte, la noche de bodas tuvo que abandonar el lecho nupcial para seguir á su esposo Manuel Asencio Padilla en la guerra tremenda que los patriotas sostuvieron contra las aguerridas tropas españolas del Alto Perú.

Y si á la par que el caudillo patriota hízose temer por su valor y arrojo, del Rio Grande al Pilcomayo, por sus virtudes y bondad se hizo querer de cuantos la trataron y amar de sus subalternos quienes tenian en ella una madre afectuosa.

II

Encargada por su esposo de guardar el Villar, despues de rechazadas las huestes de aquel en la sorpresa que pretendieron hacer á Chuquisaca, ocupada por el Coronel de la Hera y donde ella, en medio de

las balas, alentara á los suyos, supo rechazar y poner en fuga las tropas realistas que la atacaron, y en persona, arrancar de manos del Abanderado el estandarte del Batallon Centro.

III

Dias despues, el 14 de Setiembre de 1816, vió caer á su lado á aquel con quien habíase unido; pero ella, lejos de desfallecer ante esa catástrofe que enlataba su vida, encerró sus lágrimas en el fondo del corazon, cobró nuevo ánimo, y asiendo la bandera azul, enarboló el signo de los libres y guió las huestes de su marido á los mas heróicos combates.

Sitiada por los enemigos en un cerro árido, sufrió durante un mes, los horrores de la sed y el hambre, dando á los suyos el ejemplo de la mas estóica abnegacion.

Algunos caudillos que, como la viuda de Padilla combatian, tuvieron envidia de esa

gloria femenina y comenzaron contra ella una hostilidad que la desalentó. . .

Un dia dió á sus tropas un nuevo jefe y se retiró á las Provincias Unidas del Rio de la Plata donde mi padre, que mandaba entonces en Salta, la recibió con los honores que se tributan á los héroes.

Allí, siendo yo muy niña, en 1822, tuve el honor de conocerla.

El loor á sus hazañas flotaba ante mis ojos como un incienso en torno á aquella muger extraordinaria y formábala una aureola.

Su recuerdo, está vivo todavia en mi mente cual si ahora la viera con sus largos vestidos de luto y su semblante sereno y meditabundo.

Padilla fué uno de los grandes caudillos de esa guerra jigantesca.

En aquel tiempo, para los guerreros, no habia otro grado que el de héroe y tal fué Padilla.

. Mas tarde, á los que sobrevivieron á aque-

llos mortíferos combates, la Patria los hizo
Generales y Mariscales.

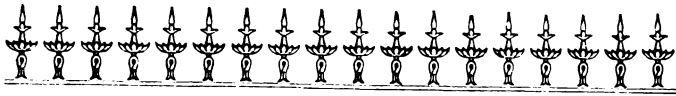
IV

En 1824, cuando Ayacucho dió la libertad á América, Juana Azurduy dejó Salta para volver á su país.

¿Qué fué de ella?

Desapareció como esos astros que alumbran el espacio y se pierden en la inmensidad.





SANTIAGO ESTRADA.

«Al leer su carta he sentido
«pasar por mi frente el soplo
«helado del pampero, que le-
«jos de la patria, sin embargo,
«acalora el alma». — De una
carta de Estrada á la autora.

I

CONOCÍ á Santiago Estrada en Lima.
Ruscóme en los pocos dias que duró
su paseo á la ciudad de los Reyes.

La casualidad habia reunido aquella noche en mi salon á nuestros primeros literatos que encantados con la gracia de su palabra, hacíanle repetir narraciones y estrofas de nuestros poetas nacionales. Imposible seria describir el entusiasmo qué

produjo entre otras el «Urutaú» de Guido Spano.

Palma, Llona, Rossell, Garcia, Corpancho, los Marquez, Gamarra jamás olvidarán esas horas.

Cuando regresé á la patria, tras tantos años de ausencia, guiada por él, conocí los establecimientos públicos, y los mejores edificios de Buenos Aires, como tambien los sitios consagrados por los mas lúgubres recuerdos de su terrible historia: evocados—decia él—para mayor recordacion «á la hora en que la luna blanquea los mármoles y ennegrece la sombra de los cipreses». ⁽¹⁾

Pero no es como amigo ni como ilustrado literato, ni como alma generosa pronta á socorrer al desvalido, que pretendo perfilarlo: esas y otras cualidades le han sido reconocidas y apreciadas en América y Europa.

(1) Aludiendo á una frase inspirada, escrita y pronunciada por ambos en la misma hora, antes de conocerse, en el Cementerio de Montevideo, y en un folletin de «La Revista de Lima».

II

Patriota y filántropo desinteresado, y mas que uno y otro, americano de corazon, basado en la justicia y el derecho de los pueblos nacidos á una sola inspiracion, no se apartó jamás de su doctrina.

Así lo vimos en la guerra del Paraguay, al lado de los suyos, pero dulcificando la condicion del vencido y las necesidades de éste, cuyo suelo nada podia darle, pues habia sufrido todos los horrores de la guerra.

No fué menos, cuando en 1880 la guerra civil se adueñó fugazmente de nuestra metrópoli: uno y otro bando merecieron sus cuidados, y recibieron sus beneficios.

Despues, cuando la guerra á que Chile provocó al Perú y Bolivia, fué él, quien primero proclamó en esta tierra de los libres, gérmen de una gran República, la justicia que asistia á los aliados del Pacífico, y cuales eran las tendencias conquistadoras de Chile; y cada triunfo de éste le arran-

caba protestas que no pudo amenguar el éxito ante el cual muchos se rindieron, si no cambiando de ideas, haciendo callar su pluma, hasta entonces independiente.

Pero si en ambos casos fué consecuente con sus opiniones, grande se mostró en la defensa de los derechos de la patria á la Patagonia, que tanto codiciaba nuestro vecino.

En la prensa, con aquella lógica terrible que le caracterizaba, en los comicios, en los salones, en todas partes, se manifestó digno del dictado de patriota.

Y luchó sin descanso y protestó del tratado de límites de 1881, conceptuándolo de tregua, como precursor de futuras querellas, y como un motivo bastante para excitar la irascibilidad de un vecino pleitista y de suyo quisquilloso.

Ojalá no se realicen tales temores, no obstante que todo induce á creerlo; pues fácilmente se produce la tempestad sobre los Andes...

En su empresa nada le arredraba: ni la hostilidad.

Pero hubo de ceder ante la indiferencia que veía por los destinos de la patria y Estrada cerró su corazón á esa atmósfera letal.

Entonces, anheló realizar el deseo que un motivo piadoso le impidiera hasta entonces cumplir:

Un largo viaje.

III

El gran prosista partió; y visitados los países que en Europa y Asia ha consagrado la historia, vino á fijarse en España, el país de sus mas cariñosas afecciones, y habitó Madrid, de donde nos llegaron sus obras juzgadas por algunos de los mejores escritores españoles. Y cuando preparaba otras, el cable nos anuncia su muerte en la madre patria.

¡Ironías crueles del destino!

El mismo 6 de Julio, día de su muerte, llegábame una carta suya.

Encontrábase con salud y en toda la plenitud de la vida, preparándose á visitar Salamanca, Valladolid, Segovia, Aranjuez, Cádiz y Murcia, para tomar apuntaciones necesarias á los trabajos que se habia impuesto; y para neutralizar, decia, «el estado de mi espíritu en presencia del desquicio de la República Argentina...»

«He pasado dias y noches terribles; y aún cuando las presentes no son mejores, el hombre como animal de costumbres, va habituándose á este estado de pesadilla que la patria jamás mereció».

Ese era Santiago Estrada.

Rodeado del aprecio de todos, halagado con fiestas, condecoraciones y nombramientos de mérito, tenia su pensamiento en la patria, y lamentaba su infortunio.

Y muere lejos; pero manifestando, puede decirse, de ultratumba, su doctrina de siempre: La patria ante todo. . .



EL GENERAL MARTIN DE GÜEMES.

A LA MEMORIA DEL ILUSTRE GENERAL PEDERNERA



I

DE todas las glorias, objetivo de la humana ambicion, ninguna es tan envidiable como la popularidad!

La popularidad! es decir: el culto de lo bello y de lo bueno: atributos de Dios.

La popularidad! el amor de las multitudes, tan difícil de conquistar.

Si el amor de un solo corazon da tanta ventura, cual será sentirse amado de muchos, envuelto en una extensa zona de amor que os embalsama y deifica.

Así vivió en su breve trayecto por la

tierra, y así pasó á la posteridad y á la historia, el héroe á cuyo recuerdo consagro estas líneas.

II

Años hacia, era Salta el baluarte en que venian á estrellarse las huestes de los realistas, que empujados por las de San Martín y de Bolívar ideaban por una estratégica evolución, apoderarse de las provincias del Plata.

En porfiada lucha para penetrar en este codiciado suelo, tenían constantemente á sus puertas un ejército de vanguardia, compuesto de sus mejores soldados, dirigidos por hábiles jefes.

Pero sus esfuerzos eran vanos

Cada matorral, cada breña, cada barranca, eran otros tantos reductos formidables que vomitaban sobre ellos mortífero fuego; y, ora al frente, ora por los flancos, ora á retaguardia, Güemes, y su flamíjera espada, y su fantástico corcel, y sus gauchos,

armados del temible lazo, trasformados en lanzas los puñales, caian sobre ellos y los envolvian en la maniobra de una táctica desconocida, derramando en sus filas el espanto y la muerte.

Sin armamentos, sin dinero, sin ejército, sin auxilio de las vecinas provincias; sin mas soldados que sus gauchos, aquel hombre extraordinario contuvo así, é hizo retroceder, aterradas, las irrupciones de ejércitos disciplinados, aguerridos y valientes.

III

Un dia— como he dicho antes—mis ojos de niña contemplaron á ese héroe, cuyo nombre oia pronunciar con el de Dios.

Era una mañana de primavera; y yo jugaba corriendo entre las altas yerbas que con salvaje desarrollo crecian en torno de la casa.

Qué profundamente se graban los recuerdos en la imaginacion infantil!

Me parece que fué ayer.

Llamó mi atención un rumor de voces y pisadas de caballos.

Alcéme sobre las puntas de los piés, y mirando hácia el camino ví dos ginetes que tomaban el sendero de la casa y se acercaban golopando.

El uno era un oficialito rigurosamente abotonado en su uniforme verde galoneado en las costuras, y cubierta la cabeza con un capillo en forma de turbante rematado por una borla de oro.

Era el otro un guerrero alto, esbelto, de admirable apostura. Una cabellera negra, de largos bucles y una barba rizada y brillante, encuadraban su bello rostro de perfil griego y expresion dulce y benigna. Vestia un elegante dorman azul con pantalon mameluco del mismo color; y una graciosa *gorra de cuartel*; ondulaban la flotante manga sobre su hombro; y al cinto, pendiente de largos tiros galoneados, una espada fina y corva, semejante á un alfange, brillaba á los rayos del sol,

como orgullosa de pertenecer á tan hermoso dueño.

Montaba este con gracia infinita un fogoso caballo negro cuya larga crin acariciaba con mano distraida, mientras inclinado hácia su compañero, hablaba en actitud de abandono.

Aun en la corta edad, que entonces alcanzaba, ya habia yo visto á los hombres mas hermosos de Buenos Aires, el país de los hombres hermosos. Habíanme aparecido embellecidos todavia en el espléndido uniforme de la época: blanco, azul y oro.

Pero jamás, ni aun en la fantástica imaginacion infantil habia soñado la brillante aparicion que tenia ante los ojos y miraba embebecida, hasta que el bizarro caballero que llegaba á galope, descubriendo entre las yerbas la rubia cabeza de una niña, casi bajó los piés de su caballo, hízolo girar en una vuelta rápida; desmontó, y me tomó en sus brazos.

Pero la niña era huraña, y lloraba á gritos mientras él sonriendo con cariñosa

mansedumbre, seguido de su corcel, se dirigia á la casa.

En la puerta se hallaban grupos de hombres del campo y algunos soldados que al verlo llegar precipitáronse á su encuentro, clamando con delirante entusiasmo:

—Güemes!

—Güemes!

—Viva Güemes!

—Viva nuestro general!

Y rodeándolo, unos de rodillas, descalzándole las espuelas, otros besando sus manos y el puño de su espada.

Mi madre, seguida de sus hijos salió á recibirlo acogiéndolo con ternura y admiración.

Pero mi tia, que habia acudido á mi llanto, me recibió de los brazos del viajero fijando en su bello semblante una extraña mirada, y murmurando con el acento solemne que daba á sus predicciones:

—La niña ha llorado como si la hubiera besado un muerto! Ay! ay!

He hablado ya en otras memorias del

carácter fantástico de esta hermana de mi padre, y de esa rara facultad de leer en el porvenir, que con frecuencia se revelaba en ella.

Pero sus profecias, como las de Casandra, no eran creidas hasta que tenian su fatal cumplimiento; y todos, mi madre la primera, y á ejemplo suyo Güemes mismo, rieron de la lúgubre profetisa.

—Querida Juanita—díjole él riendo—¿es posible que tan jóven me condene Vd. á morir? Oh! déjeme, al menos, los dias necesarios á la patria. Veo ya la aurora de su gloria; y entonces, cúmplase en mi la voluntad de Dios—dijo, alzando al cielo su dulce y serena mirada.

Y ella, la síbila, moviendo la cabeza con ademan fatídico—Ay! ay!—repetió. . .

Ah! poco despues, muy poco despues, todos los écos de la comarca repetian ese grito de dolor.

Los émulos del héroe cortaron en plena gloria, con las mas infames de las traiciones los dias que el pedia para la patria.

IV

Y dos años pasaron.

El luto habia desaparecido en los uniformes de los compañeros de Güemes, pero no de su corazón, donde vivia como una antorcha cineraria la memoria del héroe que yacia bajo los bosques del Chamental.

La guerra languideció por ese tiempo en nuestro país.

Las tropas realistas habíanse concentrado en el interior del Perú para reforzar el ejército que Sucre batió en Ayacucho.

Mi padre, gobernador de Salta, aprovechó esa tregua para cumplir un deber caro á su alma.

Con una solemne convocatoria llamó á los amigos de Güemes para que lo acompañaran á rendirle los últimos honores.

Preparóse la fúnebre ceremonia, y el dia prefijado, el gobernador y su séquito pusieron en camino seguidos de las masas populares, que caminaron en silencioso

recogimiento el largo trayecto medianero entre la ciudad y el Chamical.

Llegados al lugar de la sepultura, mi padre, retirando la señal que su mano habia dejado en ella, tomó la azada y apartó la tierra que cubria los restos del héroe. Abrazólos, el primero, y cedió el sitio á la multitud, que los rodeó de rodillas y elevando al cielo un inmenso gemido.

Tengo presente todavía el espectáculo de ese cortejo fúnebre que ví atravesar las calles de Salta conducido por mi padre, que vestido de luto llevaba de la mano á dos niños Martin y Luis Güemes. Los huérfanos, sin conciencia de su desgracia, miraban con asombro en torno suyo.

Detrás venian dos hermosos caballos, en arneses de duelo. Uno de ellos volvia tristemente la cabeza. cual si buscase á su dueño. Era aquel *negro*, testigo de tantas hazañas y compañero del héroe hasta la muerte.

Despues del fúnebre grupo venia una inmensa muchedumbre, pueblos enteros

que de largas distancias traían su ofrenda de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba profundo silencio, interrumpido solo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes y los sollozos de la multitud.

La solemne procesion pasó ante mis ojos como una vision mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves del templo. . . .

Grato es y saludable para el alma, en nuestra época descreída y degenerada, evocar el recuerdo de esos hombres sublimes, y seguir la huella de luz que dejaron en pos de sí, aureola de la eterna gratitud.





MIGUEL JUÁREZ CELMAN.

I

EL destino, por uno de sus caprichos, quiso que desde la cuna y durante los mejores años de la juventud, un elemento absorbente, acerbo, destructor, envolviera mi vida—La política.

Sus evoluciones zumbaban en mis oídos de niña en proclamas políticas y discursos ante numerosas asambleas, allá en el tiempo de los hombres leales y los patriotas fervorosos, despues entre los bandos fratricidas de la guerra civil; mas tarde en los conciliábulos de las conspiraciones, en las que por mi posicion en la escena so-

cial, fuéme necesario, casi siempre tomar activa parte.

Qué de veces en el alma la timidez femenil, pero impulsada por el deber, he puesto la mano en los hilos de esa terrible máquina que marcha dejando en pos, así triunfos como reveses.

Y cuando me fué dado al fin, salir de esa caliginosa atmósfera, sentí el dulce ambiente de luz, paz y bienestar que aspiró Dante al dejar la morada de los réprobos. . .

De entónces mas, profundo hastío me inspiró el solo oír hablar de política; y cuando mis amigas la traían á nuestras pláticas, yo la ahogaba arrojando sobre ella á puñados figurines y revistas de la moda.

II

Un dia, transitando por Córdoba, fuéme necesario acercarme á un hombre que en la actualidad era el eje en torno del cual jiraba el rodaje de la política.

Aunque en manera alguna se relacionara con ésta, el asunto que ante él me llevaba, al atravesar los umbrales de su casa, al pasar entre los grupos de adictos y de *solicitos*, el recuerdo de los tormentosos días de otro tiempo me asaltó con todo su amargo sabor.

Volví á verme, ora ante una asamblea mixta, procurando reconciliar dos partidos rivales; ora atravezando sobre cadáveres la brecha de una barricada, ora rodeada de una muchedumbre furiosa que me ordenaba hablar con su lenguaje, sobre la tumba de un caudillo. . .

Distrajo estos pensamientos la presencia de un jóven que separándose de un grupo, vino á mi encuentro.

Era él, aquel hácia quien convergían los anhelos de todo ese sistema de individualidades tan diferentes en tipo y actitud.

Caballero de modales esquisitos, acogió á la dama con el respeto debido al sexo. Sentóse delante de mí y escuchó con aten-

cion mi relato, que aprobó ampliándolo con sagaces apreciaciones.

Mientras él hablaba, contemplaba yo á ese personaje que muy luego iba á regir los destinos de una grande nacion, estudiando su fisonomia con la mirada esperta del politiquero que sentí derepente despertarse en mí.

En aquel rápido exámen, decíame, al descubrir bajo una afable modestia, elementos de incontestable superioridad acumulados en el futuro mandatario. Circunspeccion y cortesanía en el porte, y una voz suave é insinuante: es decir—La popularidad;—Penetracion y alta inteligencia en la mirada: es decir—La ciencia de los hombres y de las cosas—Estructura elevada de la cabeza: es decir—La perseverancia en las ideas y los propósitos, es decir: el triunfo de ellos. . .

III

No de allí á mucho, regresando de Salta,

nos deteníamos en Córdoba los minutos necesarios al cambio de línea.

Numeroso gentío llenaba la Estacion y rebullia en torno al tren pronto á partir, y cuyo último wagon iluminado y cubierto de flores, aguardaba al futuro Presidente de la República, que iba á relevar al General Roca cuyo período acababa.

Un largo aplauso anunció su presencia.

Vílo adelantarse; y con el mismo sereno y afable ademan que cuando me recibió en su casa, saludar al pueblo al tomar asiento en el wagon.

—Antes de alejaros, hablad!—gritó una voz entre la multitud.

.Estruendoso aplauso respondió.

—Sí!

—Sí!—hablad! hablad!

Siguió profundo silencio en medio al cual alzóse la voz de Juárez Celman, suave y sóbria de inflexiones, dando á la ciudad natal un adios afectuoso que terminó con esta halagüena promesa:

—Amada Córdoba! Todo cuanto de mí

esperas para la dicha de la patria cumplido lo verás.

Escuchando esas palabras, recordé mi deducción frenológica—«Perseverancia en los propósitos: es decir—el triunfo en ellos»...

Partimos.

Eran las ocho de la noche: una noche sin estrellas, que la locomotora iluminaba en una zona estrecha con su ojo de fuego.

Qué profundas reflexiones ocuparían la mente de los que veníamos trayendo en pos, entre las tinieblas, los futuros destinos de la República!

Qué proyectos, qué esperanzas no nacerían en esa larga noche de Setiembre, tan cercana ya al *12 de Octubre!*...

IV

Durante el trayecto nocturno, así como al siguiente día, los habitantes de la campaña corrían en grupos á las estaciones y

al borde del camino, enviándonos vivas y saludos.

Al atravesar por los campos de la labranza, una banda de trabajadores prorumpió en un hurra entusiasta, enarbolando sobre sus cabezas, quien un azadon, quien una pala, quien un rastrillo, que brillaron al sol de la mañana.

—Qué feliz agüero encierra esta unánime cordialidad—dije á mi vecino, un anciano venerable que la casualidad habia sentado á mi lado.

—¿No es verdad?—respondió él—Pues, aún mas, se persuadirá Vd. de ello, cuando sepa que estas ovaciones son expresion de la mas merecida gratitud.

Este clamor es la voz del pueblo: la voz de Dios.

Desde 1870, en que ascendió al foro Juárez Celman, ha sido el defensor gratuito del pueblo. ¿Quién entre esas multitudes que á su paso acuden á saludarlo no debe algo á su filantropía? Este el trozo de tierra hereditaria, usurpada al débil por

el poderoso, aquel, el fruto de su trabajo, retenido por un especulador sin conciencia; es otro el mayor de los bienes: la libertad y el honor perdidos por una calumnia.

En la Municipalidad, en el Ministerio, en el Gobierno de esta Provincia, Juárez Celman se ha consagrado á trasformarla, á enriquecerla, irrigando sus campos, surcándolos de carreteras y vias férreas, fundando pueblos, escuelas y centros rurales que comienzan a dar provechosos frutos.

En fin. ha embellecido la Capital, y elevado al mas alto grado su antigua cultura.

Quien tales progresos ha realizado en el reducido espacio de una provincia ¿cuáles no alcanzará, con inmensos elementos de accion, en los vastos horizontes de la República?

Hablando así, habia en el acento del anciano profunda conviccion.

Pero, yo, deseando indagar el carácter moral de aquella individualidad intelectual

que á primera vista preocupó mi atencion:

—¿Y el hombre privado?—insinué.

—Ah! un noble corazon; un alma leal, sencilla, abierta á la ternura y á la conmiseracion; desconociendo el ódio y elevando hasta el culto el sentimiento de la amistad, tal cual la conciben las almas fuertes: despojada de toda debilidad. He ahí el hombre privado.

—Y he ahí, también—añadí yo—cuanto necesita en el hombre que ha de dirigirlo, un pueblo que por sí solo marcha ya tan adelante en el camino del progreso, de la grandeza y la felicidad.

V

Y durante los tres primeros años del gobierno de Juárez Celman la República Argentina llegó á su mayor esplendor, en medio á la admiracion de nacionales y extranjeros; mas, en los últimos meses del cuarto, sorprendió al mundo con la paralización de su mágico desenvolvimiento y

el destrozo de sus instituciones y de su hacienda, la sublevacion y derrota de una parte del ejército y de la armada contra el gobierno constituido, despues de derramar sangre hermana en las calles de la Capital Federal y la renuncia del Gefe del Estado que, sin eludir responsabilidades, sacrificó su persona ante los grandiosos intereses de la patria.





MITRE

I

CUANDO, al fin, tras medio siglo de ausencia, fuéme dado volver á la patria, el destino, para indemnizar tan largo destierro, dióme entrada por Buenos Aires, esta *janua coeli* de mis ensueños.

Desde los días de la niñez, esa edad embrionaria para la mente y el corazón, Buenos Aires era ya el objeto de mis deseos.

Su nombre fué la primera palabra que aprendió á pronunciar mi labio; y en las doradas visiones de la fantasía infantil, veíala surgir radiante, luminosa, como la celestial Jerusalem mentada en las plegarias.

Este anhelo creció conmigo y se tornó la mas querida de mis ilusiones. ¿Era un sentimiento intuitivo, ó la influencia de los amorosos recuerdos que de la ciudad natal llevaban tantos hijos suyos que los azares de la guerra civil arrojaban al extranjero?

Yo me adheria á su nostalgia, y como ellos:—Buenos Aires!—exclamaba—quiero ir á tí, quiero verte! De todos estos desterrados que te echan de menos ninguno te ama tanto como yo.

Esta constante aspiracion se realizó un dia: la bella metrópoli me albergó en su seno, y sus nobles hijos acogiéronme con caricias y honores.

Diéronme parte íntima en sus hogares, tanto en las fiestas como en las plegarias: Lleváronme á visitar los monumentos legendarios, y los establecimientos que su ardiente caridad levantara para el alivio de los desgraciados. Me presentaron á los hombres ilustres en la guerra, las letras y la ciencia.

Entre aquellos nombres cuya celebridad

los hacia gratos á mi oído, faltaba uno: Mitre.

Ay! Mitre, cuyo recuerdo oyera evocar con cariñoso fervor, á mi paso en todas partes, así en Bolivia como en el Perú, tanto en el ejército como en los salones; Mitre, el guerrero, el esclarecido literato, el poeta de los dulcísimos cantos, secuestrado á la sociedad, de la que era ídolo, hallábase prisionero. . .

II

—¿Qué es la gloria? Humo.

Así leía yo en un filósofo pesimista, á tiempo que las campanas de la vecina basílica, tañendo fúnebres dobles, anunciaban el fin de la vida, la nada de las cosas humanas.

Fijos los ojos en el negro aforismo—La gloria es humo—repetía yo, con desaliento. ¿A qué, entonces, en pos á esa idea vana, llenar la vida de sacrificios: guerrear para obtener triunfos, secar la mente en la investigación de los secretos de la ciencia, si

la gloria del héroe, y la gloria del sabio habian de desaparecer al fin, sin dejar de su paso en el planeta sino un puñado de polvo?

Un inmenso rumor de voces y gritos se alzó á lo lejos, y desvió el curso de mis pensamientos.

El clamoreo se acercaba.

Eran vivas y aclamaciones á un nombre que, lo fragoroso del ruido, me impedia entender.

Asomada al balcon, ví venir una muchedumbre que llenaba la calle de San Martin desde la plaza de la Victoria.

Aquella multitud, á la vez que el pueblo, formábanla caballeros y bellísimas damas, bellas como solo saben serlo las porteñas. Vestidas de gala, llevando al brazo, con porte régio, la cauda de sus ricas túnicas, agitando el abanico, graciosas y coquetas rodeaban y seguian á un hombre que, ya en la tarde de la edad, conservaba un encanto indefinible, encanto que la florida juventud, tendria razon de envidiar.

Habia en el óvalo de su rostro, así como en sus undosos cabellos, la rizada barba, y la mirada de sus ojos garzos, una pronunciada semejanza con la poética figura que la tradición ha guardado de Cristo.

Caminaba con aire modesto, como vergonzoso de aquella apasionada ovación.

—¿Quién es?—me preguntaba yo, como vida ante ese devoto entusiasmo.

Y como en ese momento levantase la cabeza para saludar á las señoras, que, con la voz y los pañuelos, desde los balcones lo aclamaban, ví en su frente una cicatriz que, al sol de aquella hora meridiana, resplandecía como una estrella.

Los versos de «El Peregrino»

...«En cuya frente hicieron los hados su señal.»

vinieron á mi mente, y:

—Mitre!—exclamé.

Era él, el en todas partes amado y echado de menos; el bardo cuyas dulces trovas se cantaban tanto en los salones aristocráticos como en los humildes rebaños.

Restituido á la libertad, manteníase en retraimiento, por evitar toda demostracion popular que pudiese despertar recelos, defraudando la afectuosa espectacion del público, que anhelaba su presencia; el ansioso esperar de tantas bellas, que, en grupos, cada noche vagaban, escitando celosas envidias, bajo las arboledas de la plaza de San Martin, fijos los ojos en la luz de una ventana del cuartel de granaderos, no sin que los ardientes efluvios que de tales contemplaciones se desprenderian, y se comunican, diz que, en misteriosa corriente, fueron á conmover deliciosamente al prisionero.

La muerte de uno de los jefes que lo acompañaron en la última campaña, obligó al general Mitre á dejar su retiro para ir á presidir el duelo en las pomposas exequias que se le hicieron en la Catedral.

Al saberlo, á la idea de volver á ver á Mitre, las porteñas acudieron todas, señoras y señoritas, jóvenes y ancianas; y os-

tentando su gozo en ricos vestidos y valiosas joyas, llenaron las naves del templo.

Cuántos de los allí presentes desearian morir, si habian de tener en torno á su féretro tales bellas dolientes.

Cuando el carruage que conducia á Mitre se detuvo ante el vestíbulo de la Catedral, una de las señoras que allí lo aguardaban, adelantóse á abrir la portezuela, y le presentó la mano para ayudarlo á bajar.

—General—le dijo—señalando el guante de aquella mano, en tanto que Mitre, inclinándose, le presentaba el brazo — este guante será, de hoy mas, una reliquia que guardaré eternamente, en memoria de esta hora.

Terminado el funeral, y cuando el general Mitre, de pié en la puerta del templo, hubo despedido á los concurrentes, las señoras lo rodearon declarándole que habian de acompañarlo á pié hasta su casa.

En vano fué que él, en su modestia, opusiera tenaz resistencia á esa manifestacion entusiasta: hubo de inclinarse ante

el querer de aquellas que todo lo pueden.

Y descubierto, llevando el sombrero en la mano á la altura del hombro, caminaba con sencillo y noble porte, bajos los ojos, que alzaba solo para sonreir y saludar á cada nueva explosion de aclamaciones.

Era aquel un espectáculo imponente, una espléndida ovacion.

El pueblo se habia apoderado de las veredas, y formaba dos columnas cerradas, móviles, tumultuosas.

El centro de la calle llenábanlo señoras y caballeros, cerrando la marcha largas filas de elegantes carruages que seguian á sus dueños.

La procesion pasó como una vision apoteósica de los tiempos heróicos.

Yo cerré los ojos para verla todavia en la mente. . .

III

Despues, volviéndome al libro, que, abierto en la página desalentadora, parecia repetir—Qué es la gloria?

Humo—

—Sí—dije—la gloria que dan los triunfos de la vanidad, del orgullo, de la ambición. Pero aquella que los pueblos proclaman con tales expansiones de amor, es la gloria de la virtud, y es y será eterna; porque esa gloria se llama culto.





JOSÉ SEGUNDO ROCA

I

¿UNA novela, amiga mia?—añadió á su cordial saludo el coronel Torrico, antiguo guerrero de la Independencia, uno de los pocos que de esa gloriosa falange han quedado. Y señalaba el pliego en que yo estaba escribiendo.

—No una novela, mi Coronel, sinó una carta de felicitacion al nuevo Presidente de la República Argentina.

—Dígame V, este jóven Julio Argentino Roca, este Héroe del Desierto que tan valiosas comarcas ha conquistado á su patria, qué es de José Segundo Roca, héroe de Pichincha y Junin?

—Su hijo.

—Su hijo!—repitió el anciano con enternecimiento—Ah! dígame V. que un compañero de su padre lo felicita también y le envía su bendición.

—La carta está escrita, mi Coronel, pero llevará lo que es más importante en la carta de una mujer: una postdata.

II

A vuelta de correo el Coronel leía, no en una postdata sino en el primer párrafo de la carta del Presidente Argentino—

—De pie, descubierto é inclinada la frente, recibo la bendición del ilustre compañero de mi padre.

El anciano guerrero recorriólo visiblemente conmovido.

—¿Conoció V. á aquel Roca héroe en Pichincha y Junin?

—Que si lo conocí! Fuimos amigos con el alma y el corazón. Llamábanos los inseparables. Ambos formábamos parte de

esa brillante division peruana que el coronel Santa Cruz llevó á Colombia y que tanto se distinguió en los combates de aquel tiempo, bajo el nombre de Regimiento de cazadores á caballo del Perú.

De toda esa gallarda juventud que lo componia, nadie tan bello como aquel apuesto tucumano, José Segundo Roca, mi amigo.

Nos amábamos como hermanos; y en la dulce confianza de nuestra union, nos dábamos cariñosos apodos: yo lo llamaba mi *tartacho*, á causa de un ligero tartamudeo en su habla: él á mí su *Rasca-rabia*, por mi génio arrebatado, tan distinto del suyo, dulcísimo y en apariencia humilde y sufrido.

Usted sí que de seguro no ha debido conocerlo; pues era de otra época.

—Oh! que sí. En mil ochocientos treinta lo conocí cuando á órdenes de mi padre hizo la campaña que pacificó la frontera del Rio del Valle donde se habia proclamado la federacion, y el treinta y uno fué de los cuatro jefes que salvaron los restos del ejército unitario derrotado por Quiroga en

Tucuman y los condujeron á formar escalones de defensa en la quebrada de Humahuaca.

Era un hombre de aspecto suave, benévolo y sério, pero á vueltas de esa apacible seriedad... Una chispa eléctrica...

—Que estallaba á tiempo y echaba por tierra la diferencia de nuestros caracteres... Va usted á verlo.

Nos hallábamos en la mañana de Pichincha, ese glorioso torneo que tuvo por escenario la falda de un volcan y por espectadores el pueblo entero de Quito desde las azoteas y balcones de aquella poética metrópoli.

Mi amigo tuvo en aquella ocasion una extraña ocurrencia: pidió permiso á nuestro gefe para pelear *de su cuenta*; y caso mas extraño aún, lo obtuvo.

—Para que los ojos de mi gacela—dijo—me distingan entre la multitud de combatientes.

Su gacela, eran todas las beldades de Quito que vieron al jóven guerrero, lanza

en ristre, atravesar escuadrones dejando en pos asombro y muerte.

Momentos antes de comenzar la batalla el comandante Magariños, ayudante del coronel Santa Cruz, valiente si los hubo, pero insoportable bufon,—Capitan Roca—dijo á mi amigo llegando á él, muy afañado—el Coronel manda añadir al permiso dado á Vd. de *pelear de su cuenta* el correspondiente requisito de pelear por dos, como tartamudo.

—Dígale Vd., mi Comandante, que pelearé por tres, como corrector de insolentes.

Y estampó en la cara desprevenida de Magariños los tres bofetones mas ricos que ví dar en mi vida.

—Mi Comandante—añadió con increíble placidez—ahora no me pertenezco, pero despues de esta jornada, estaré á las órdenes de usted.

III

Y al siguiente dia de la gloriosa jornada,

cuando mi amigo se presentó á Magariños preguntándole lo que de él queria — El abrazo de un héroe — contestó éste, y desde esa hora los inseparables fuimos tres.

Recordé entonces que en el testamento de mi padre figuran como testigos uno al lado del otro, los nombres del coronel José Segundo Roca y el general Magariños.





GREGORIO PACHECO.

No en las estrechas proporciones de un *perfil*, es decir: una faz de la vida, sino en el ancho campo que á sus méritos reserva la Historia, anhelaria yo presentar al gran ciudadano, al hombre filántropo por excelencia, cuyo nombre encabeza estas líneas.

Sin embargo, ese reducido lapso: el período de su administracion en la Suprema Magistratura, bastará para mostrarlo en el lleno de su personalidad moral, ejemplo de las altas virtudes de otras edades, en la edad de lodo que atravesamos.

I

Gregorio Pacheco, así como todas las

familias que en esta parte de América llevan ese nombre, pertenece á la raza de aquellos heróicos Pacheco, que unidos con Juan de Padilla, su deudo, se rebelaron en defensa de los derechos comunales de Castilla contra el extrangerismo flamenco aportado por Cárlos V, y que despues del sitio de Toledo, valientemente sostenido por Maria de Pacheco, viuda de Juan de Papilla, vencidos al fin, huyeron á Portugal; y mas tarde, cuando el famoso emperador abandonó el trono por el claustro, vinieron á establecerse en el Rio de la Plata.

El ánimo fuerte de aquellos antepasados alentaba en su descendiente, realzado aun mas todavia, por una virtud innata en su alma: la bondad. La bondad, atributo divino, del que emanan todas las otras virtudes que elevan al hombre sobre el nivel humano, y hacen los héroes y los santos.

Así niño aun, á la edad de doce años, edad de juegos y de alegre indolencia, Gregorio Pacheco, viendo á su padre ro-

deado de familia, y perdida su fortuna por las persecuciones sufridas en la guerra, comprendió aquella penosa situación y en su fé de aliviarla, consagróse al trabajo, perseverando en él, hasta hacerle condición indispensable á su existencia.

De este modo, con su solo esfuerzo y constante labor, ora en el magisterio, ora en el comercio, ora en las minas, llegó á adquirir la cuantiosa fortuna que hoy posee y de la que ha hecho siempre, el uso mas noble y filantrópico.

Su mano generosa estuvo siempre abierta para socorrer las necesidades del pueblo, no solo entre los límites de su patria, sino en el extranjero, enviando considerables sumas de dinero, ya á Catamarca y la Rioja en sus años de escasez, ya á Italia, España y el Perú en las catástrofes de sus inundaciones y terremotos.

No se ha fundado sociedad de beneficencia en la que no tome parte: no con simple aplicación, sino con fuertes donativos asi como en la guerra internacional,

á cuyos gastos contribuyó con mas de cien mil pesos.

Ha fundado, no solo en su pueblo natal, y en la capital, donde reside, sino en todas las ciudades de la República, escuelas, hospitales, manicomios, asilos de caridad, costeadando los edificios, la manutencion y el personal, que hacia venir de Europa.

Esto, en su vida pública. En la privada ¿quién sabria enumerar los beneficios que la mano providencial de Gregorio Pacheco, ocultándose, ha derramado en torno suyo? Nadie ocurrió á él, que no fuera atendido, aun mas allá de su esperanza.

Y no solo con su fortuna ha practicado el bien: lo ha hecho con su persona, unas veces empleando la influencia de su persuacion, otras su valor y serenidad, ó ya, tambien, el esfuerzo de su brazo, interpuesto en favor del débil contra el fuerte.

En una ocasion, por ejemplo, durante su juventud, viajando por el interior del país, al atravesar un paraje desierto, entre

serranias, oyó gritos, mezclados á una voz angustiosa que pedia auxilio. Mirando en torno, el viajero descubrió, oculta entre peñascales, una casa aislada, de cuyo interior salian, no gritos, sino llantos desesperados.

Pacheco fué á la casa y llamó á su puerta.

Ninguna respuesta; y solo la voz, que entre gemidos pedia auxilios.

Pacheco inclinó el hombro contra la juntura de la puerta, y de un empellon la abrió.

En el patio de aquella casa, un hombron de seis piés, armado de una gruesa cuerda de ramales anudados, flagelaba á un niño, amarrado al tronco de un árbol.

Pacheco se arrojó sobre aquel hombre, y arrancó el látigo de su mano.

El verdugo intentó hacer resistencia, quiso luchar; pero la indignacion habia dado á Pacheco triple fuerza; y sugentando al villano por los puños, se los apretó tan recio

que lo hizo caer á sus piés, demandando gracia.

Pacheco le ordenó desatar al niño.

El pobre chico, aterrizado, se abrazó á su libertador.

—¿Por qué maltratas á este muchacho?
—preguntó Pacheco mirando con serenidad al agresor.

—Es un perezoso, que se finge enfermo para no trabajar.

—Y cuál es tu autoridad sobre él? Es tu hijo?

—Es un *botado*, criado por caridad.

—¡Mentira! Señor—intervino el niño— Me robó de mi madre, que se ahogó en Rio Grande, viniendo en seguimiento de él, para quitarme. Señor! Señor! favorézcame, por Dios!

—Tranquilízate, hijo mio. Este hombre no te maltratará mas.

—Oh! Señor! yo lo prometo: jamás!

—Hombre! no tienes necesidad de esa promesa—dijo Pacheco, sonriendo al recuerdo del *Andresillo* de Cervantes.

Y se llevó consigo al niño.....

Otra vez en la bahía de Valparaíso, una tarde que fuerte marejada agitaba el mar, y que multitud de espectadores lo contemplaban en las balustradas del puerto, un jovencito jactándose de diestro nadador, apostó contra otros de su edad, á que tomaria un baño, cabalgando en el lomo de las encrespadas olas.

No hubo medio de disuadirlo.

Vistió un elegante traje de marinero, y viniendo á inclinarse ante las señoras allí presentes, les pidió sus órdenes para los *tritones* y las *neréidas*, arrojándose en seguida al agua, sonriente y pispireto.

Dió un par de garbosas brazadas; pero no pudo dar la tercera, porque una furiosa oleada tomándolo de costado lo arrebató, hundiéndolo en su negro torbellino.

Los espectadores prorumpieron en gritos de espanto, á tiempo que el pobre náufrago aparecia á lo lejos, llevado por el embate de las olas, hácia un grupo de

escollos donde se estrellaban con fragor.

El jóven iba á perecer. Intentar socorrerlo, era correr la misma suerte...

Derepente vióse á un hombre llegar, hacerse cargo de lo que ocurría, y arrojando en tierra veste y sombrero, tirarse al mar y nadar dirigiéndose al desgraciado, que, sin fuerza para luchar con el enfurecido elemento, alzaba los brazos en señal de angustia, flotaba alternativamente y se sumergía.

El otro nadaba con fuerza y destreza notables, perforando la ola que llegaba, para salir tras de ella y avanzar al encuentro de la otra, que evitaba tambulléndose, y apareciendo de nuevo, y de nuevo nadando y envistiendo las olas, hasta alcanzar al náufrago, que pálido, trémulo el labio y dilatados los ojos por el espanto, arrojóse sobre su salvador y quiso abrazarse á él. Pero, éste, eludiendo con una media vuelta aquel abrazo letal, asíolo por los cabellos y lo *remolcó* á tierra.

En medio á la ansiedad de los especta-

dores, una muger, una madre, de rodillas en la última grada del muelle, lloraba á gritos, mezclando al llanto las plegarias.

El incógnito dejó en sus brazos al que acababa de salvar, y escabulléndose entre la multitud, entró en un carruaje y desapareció.

Aquel hombre era Pacheco....

En ocasion de hallarse en Puerto Perez, despidiéndose de su familia, en viáje á Europa, al volver á tierra, ya á última hora, entrada la noche, y al caer sobre el lago una borrasca, encontró la poblacion en grande alarma. Era el caso que tres jóvenes, pasajeros tambien del vapor que llevaba á la familia Pacheco, habian salido del puerto, solos, y proponiéndose dirigir su bote á través de la tormenta.

Sin embargo, los últimos pasajeros estaban ya á bordo, y ellos no habian llegado todavía. Y así, hasta que hubo zarpado el vapor.

De seguro, algo siniestro habíales ocurrido en aquellas negras soledades, que con un ruido lúgubre surcaba el huracan. Pero

¿quién se atrevería, en su auxilio, á desafiar la tempestad del Titicaca, tan terrible hasta para los mas avesados marinos?

Pacheco tomó un bote; y á pesar de la oposicion de los circunstantes y de los mismos indios bogas, que no se atrevieron á acompañarlo, se arrojó solo entre las embravecidas olas del lago.

Registró sus recodos tan peligrosos por sus traidoras redes de juncos, y se internó aguas adentro, adonde por fin encontró á o s jóvenes, que se hallaban próximos á perecer, rotos los remos y la embarcacion, en un tercio llena de agua, á merced del oleaje.

Pacheco efectuó felizmente el salvamento trayendo á remolque al bote náufrago y en el suyo á sus imprudentes remeros.

De acciones como ésta, benéficas, habia sembrado su vida cuando fué llamado á la presidencia de la República.

II

Pacheco rehusó largo tiempo ceder á este deseo del pueblo.

En su modestia, desconocia sus aptitudes para llenar los terribles deberes que aquel puesto impone.

Pero la voz que para él lo designaba era la voz del país entero: necesario era obedecerle. Y Pacheco obedeció.

Su programa, por la correlacion de su alma con la del pueblo, era la de éste — Engrandecimiento de la patria; integridad de su territorio; fusion de los partidos; union fraternal de éstos para, fuertes así, proseguir la guerra con Chile ú obtener una paz honrosa. Enaltecer al pueblo instruyéndolo, educándolo, y dándole el hábito del trabajo, seguro camino del progreso.— Libertad absoluta para el pensamiento y la accion, en la esfera de la felicidad nacional.

Con este programa en la mente, en la conciencia y el corazon, subió al poder, y lo cumplió.

Su primer acto, en el sentido de ese programa, fué una prueba de su anhelo por la instruccion del pueblo: la cesion de los

emolumentos de la presidencia para el sosten y fomento de escuelas de enseñanza primaria, sin que en este número se contaran las por él fundadas y sostenidas á su costo.

Sus propósitos fusionistas comenzaron á manifestarse desde el primer dia de su gobierno, ora en la justiciera proteccion con que, malgrado las sujestiones de partido, conservó en sus puestos á todos los empleados de la pasada administracion; ora en el llamamiento en torno suyo, ó para servir altos puestos, de hombres recomendados solo por su aptitud y honorabilidad, bajo cualquier bandera que se encontrasen.

Y en estos actos, hasta entonces desconocidos en nuestros gobernantes, una libertad de espíritu á vueltas de cuya placidez sentíase férrea energia.

Así el importante Ministerio de Hacienda é Industria fué desempeñado por uno de los hombres mas notables del partido liberal, si no contrario, disidente al democrático, que Pacheco encabezaba al proclamarse su

candidatura, y que él, desde entonces, transformó en propaganda fusionista: noble ejemplo que ninguno de sus antecesores dió jamás, desde que se fundó la República.

En el ramo de justicia, Pacheco, penetrado de la necesidad de vedar su santuario á la pasion política, cuidó de que el personal de magistrados y jueces fuese escogido indistintamente, entre todos los grupos de partido, llamando solo al mérito comprobado de probidad y competencia. En su profundo conocimiento de los hombres, sabia que la magistratura de color no ofrece garantia alguna al litigante que tuviera la desgracia de profesar distinto credo político; pues que entonces, hombres que son los jueces, la justicia que pretenden administrar no seria quizá, el éco de la razon y la expresion de la ley, sinó la homologacion bastarda del fallo dictado entre las lobregueces de una conciencia prevenida.

Por ello dejó entera libertad á las Cáma-

ras y á los Tribunales para los nombramientos de magistrados y jueces, descansando con la nobleza de su carácter, en la seguridad de que al verificar las unas y proveer á las otras, habia de procederse con imparcialidad y justicia, con madura y reflexiva detencion.

Rendia profundo acatamiento á la representacion nacional. Así, en el período de la administracion Pacheco, el Congreso gozó de la plena y absoluta libertad propia de este alto poder público, sin la cual, él y sus actos son una sacrílega farsa.

Aunque al ascender encontrase la Hacienda en mísero estado, á causa de los desastres de la guerra, apenas en receso de tregua, su primer cuidado fué redimir el sueldo de los infelices empleados, suspendiendo el descuento de guerra, que lo diezmaba, subsanando este déficit en el Tesoro con diversas economías: ya, disolviendo cuerpos innecesarios en el ejército; ya disminuyendo otros gastos de no urgente necesidad; ya, en fin, dando severa forma á

la ley del presupuesto, y sujetando á ella estrictamente su gobierno.

Con estas medidas, y otras igualmente de poco aparente trascendencia, obtuvo que el servicio público estuviera exactamente pagado.

Lejos de recurrir al empréstito extranjero á que lo autorizó el Congreso, Pacheco halló todavia medio de redimir, por combinaciones equitativas algunas de las deudas exteriores, tiempo hacia contraidas, y que pesaban sobre el crédito del país, con mengua de la confianza en aquel, disminuida todavia mas, por la situacion azarosa de éste.

Así, satisfizo empeños contraidos por sus antecesores, sin que pesara sobre su administracion deuda alguna.

En cuanto al ramo de Instruccion Pública, referido está en su anhelo por ella, desde que era simple ciudadano.

Los centros de poblacion en toda la extension de la República cuentan otras tantas escuelas fundadas por Pacheco y

sostenidas no solo con los emolumentos cedidos, sino con los recursos por el fundador erogados.

El ejército fué uno de los objetos de marcada atencion del Gobierno.

Esta institucion, por mas pasiva que parezca, en medio á las agitaciones de la política militante, ejerce una influencia poderosa en países como Bolivia, profundamente militarizados. Una política prudente aconsejaba ocuparse de ello con interés.

En Pacheco era esto, además, un anhelo del corazon, no solo porque el ejército le era sinceramente adicto, pues, fraccion popular, participaba del movimiento de simpatia nacional, sino porque, ageno del sentimiento repulsivo del mandatario civil por el soldado, á él le inspiraban dulce conmiseracion esos hijos del pueblo, sujetos á las crueles privaciones que el servicio impone sin mas perspectiva posible que el sacrificio, sin mas ideal posible que la esperanza de una gloria colectiva.

Pacheco se consagró á reorganizarlo.

Comenzó dando á su vestuario el confort elegante que, hacia tiempo, habia desaparecido; atendió á que sus haberes le fueran pagados con exactitud; sujetólo á severa disciplina, y fué para él justo, paternal y dadivoso.

Fuélo tambien, para los indígenas, ese pueblo desheredado, oprimido por sus conquistadores, oprimido aún mas, por sus libertadores, y en rigor mas cruel todavia, por las autoridades mismas cuya mision era protegerlos: el alcalde, el cura, el propietario, que le robaban sus tierras, su trabajo, y hasta sus hijos, que arrancaban de sus brazos, para mandarlos á servir como esclavos en las ciudades.

Pacheco hizo desaparecer esos horrores, prohibiéndolos con severos castigos.

Por eso el indio como el soldado, lo aman. A su vista sonrien con entrañable gratitud, y en cariñoso diminutivo lo llaman Padre.

Bienaventurados aquellos que en las al-

titudes de la fortuna, saben captarse el amor de los humildes.

III

Pero un punto peligroso y, por demás difícil, restábale á Pacheco en su labor administrativa.

El Culto.

Cristiano severo y fiel observante de los principios evangélicos en su mas pura expresion, procuró, con la autoridad y el ejemplo, desterrar la acerba intolerancia predicada por pastores imprudentes al rebaño de Jesu-Cristo.

Un dia, hallándose el Gobierno en La Paz, surgió una conflagracion popular contra la Logia Masónica.

Esta asociacion de grande significado, mas bien político que religioso, pero que habia hecho ya su tiempo, y por tanto, perdido su misterioso prestigio, era en Bolivia, tenuta siempre al índice, acusada de heregia, sacrilegio, y toda suerte de nefandos crímenes.

Aquella vez corrió el rumor de haberse afiliado en la execrada Logia los oficiales del batallon que guarnecía la ciudad.

Nada mas necesitó el populacho para alzarse en masa y agolparse en las puertas de la casa de Gobierno, dando anticipadas aclamaciones al demandado veto contra aquella afiliacion, habituado en sus cóleras semi-bárbaras, á la culpable aquiescencia de los gobiernos.

Pacheco les habló el lenguaje de la razon, del buen sentido, del deber del hombre para el hombre, en el comercio humano. Y concluyó diciendo:

—Cristiano como vosotros, cual vosotros anhelo vivir y morir en la religion de mis padres. Mas, practiquémosla tal como salió de los labios del Hombre-Dios, del Redentor del Mundo: resumida en estas tres grandes virtudes: caridad, mansedumbre, piedad. Apartaos del exceso de celo, que conduce al fanatismo, tan funesto como el ateismo; pues uno y otro desbordan las pasiones, y han levantado cadalsos.

La religion cristiana es toda amor. ¿Hay algo mas bello que su precepto:—Volved bien por mal! Y este:—Amaos como yo os amo!

Es con ellos que se han roto en el mundo las cadenas de la esclavitud y dignificado é ilustrado á la humanidad.

A ello ha contribuido poderosamente la tolerancia. Tanto en sentido político como religioso, la tolerancia es una de las virtudes sociales mas necesarias para la paz, y por consiguiente para la felicidad de los pueblos.

El Gobierno cuenta con este elemento poderoso para hacer efectivas las garantias individuales, resuelto á sostenerlo con toda su autoridad.

Retiraos tranquilos á vuestros hogares, y llevad á vuestras familias estas palabras de paz.

Y el pueblo, aquel pueblo paceño, tan terriblemente memorable en sus iras, las trasformó en entusiasmo, y se dispersó vitoreando á aquel que, en vez de halagarlas,

las habia reprimido con algunas palabras de serena energia.

IV

Sembrando el bien por todos los ámbitos de la República, manteniéndolo con mano firme, y dando personalmente el ejemplo de todas las virtudes del mandatario y del ciudadano, Gregorio Pacheco hizo del período de su administracion una era de paz y de bienandanza, desde su primer dia, hasta aquel en que con la conciencia tranquila y regocijado el corazon, trasmitidas las insignias del Mando Supremo «sin una mancha de sangre ni de lágrimas», (1) dejó las tareas de la alta magistratura para volver al trabajo del industrial.

En aquellos dias, en una carta á quien estas líneas escribe, Pacheco, decia en uno de sus párrafos:

«Me encuentro en estas regiones, consagrado al impulso personal y activo de

(1) Palabras de Pacheco en su último mensaje.

« mis labores industriales, habiendo vuelto
« á vestir mis atavíos de minero, con los
« que me siento mas cómodo y con menos
« peso que con las insignias del poder; y
« metido bajo las concavidades de la tierra,
« guiando á mis abnegados, valientes é in-
« fatigables barreteros, mas satisfecho que
« en los salones de palacio y su concurrencia
oficiosa.

.....

Quiera Dios, para la felicidad de las na-
ciones, dar á los hombres que han de regir
sus destinos, las virtudes que puso en el
alma de Gregorio Pacheco.





ADELAIDA RISTORI.

I

PROFUNDA, grandiosa y terrible es la impresion que esta muger extraordinaria, personificacion de todo lo bello, de todo lo grande, produce en el alma con su sola presencia.

Cada uno de sus pasos, cada una de sus actitudes, es un poema en que hablan sucesivamente el amor, la piedad, el dolor, la cólera la desesperacion.

Y cuando habla, ah! su voz que sabe tomar todas las modulaciones, desde el arrullo de la tórtola hasta el rujido de la leona, penetra en el corazon, lo subyuga,

lo llena del ódio celoso de Medea, del dolor resignado de la Pia, de la belleza, infortunio y majestad de Maria Stuart...

Sin embargo, el entusiasmo vacila en cual darla el mas hermoso lauro, si en el género trágico ó el antípoda de éste: el género cómico, pues no es menos sublime en la gracia picante y seductora de la linda esposa que se refugia en una simulada demencia contra las injustas sospechas de su marido

II

Al caer el telon en el que fué Teatro Principal de la ciudad de Lima, despues de una de las escenas mas patéticas de la Pia de Tolomei, y cuando la sublime Ristori guardaba todavia su trájica actitud, una artista que abandonó la escena por el hogar y que sabia comprenderla, dejando su palco, electrizada por el ascendiente de aquella muger divina, corrió al proscenio y arrojándose á sus piés, abrazó sus rodillas. llorando lágrimas de fervoroso entusiasmo..

Un momento menos y el público habría sido testigo de un homenaje digno de la sin rival actriz y de su bella admiradora, confundidas después en un espontáneo abrazo.

III

Más sobre la aureola del genio otra más resplandeciente ciñe las sienes de esta incomparable mujer: la de la virtud.

Y es por eso que las sociedades y establecimientos de beneficencia de todo el mundo han participado de los frutos de su talento.

La viuda y el huérfano, el inválido y el menesteroso, pronuncian su nombre con respeto y gratitud.

Altiua sin orgullo y amable sin bajeza, es un ángel que cruza la tierra derramando sobre los desgraciados el bálsamo de la más acendrada caridad.





FRANCISCO CARNICER.

ESTE nombre atrajo una inmensa concurrencia á la funcion con que el Convictorio de San Cárlos de Lima, celebraba la clausura de su año universitario.

Vimos llegar á un hombre de fisonomia apacible, de modesto ademan. Atravesó la nave, subió al púlpito y lo preparó como el profeta preparaba el tiempo. Bajó, luego, y se ocultó entre la multitud.

Despues, llegada la hora, vílo adelantarse solo, envolviéndose en los pliegues de su pobre sotana, cual si quisiera hacerse invisible. Subió á la cátedra con callados pasos, retiróse á su fondo y derramó desde

allí torrentes de luz en su elocuente palabra; no con la voz tonante del Sinaí, sinó con el suave acento del Divino Maestro, cuando se sentaba entre los pecadores.

Hé ahí el orador sagrado: ungido no solo con óleo santo, sinó con el espíritu de verdad, de indulgencia, de humildad, y de amor.





MIGUEL GRAU

Bien aventurados los que mueren en el cumplimiento del deber; bien aventurados aún mas, cuando este deber se halla en el camino de la gloria.

I

EL 8 de Octubre, conmemora el Perú una de sus mas grandes desgracias, á la vez que una apoteósis gloriosa en el sacrificio del héroe cuyo nombre precede estas líneas.

La ley providencial que puso la luz al lado de la sombra, hace surgir tambien en los dias nefastos de las naciones y del seno mismo de las catástrofes que las flage,

lan, glorias que las enaltecen, tornando su infortunio en ara de triunfo.

Troya tuvo á Héctor; la Termópilas á Leonidas.

Angamos tuvo á Grau.

Como aquellos héroes, éste tambien, desafió, solo, durante largo tiempo, y contuvo, en tanto que alentó con vida, la accion de las fuerzas poderosas de un enemigo preparado á la guerra, con cautelosa antelacion.

Una vida de virtudes, consagrada al cumplimiento del deber y á los dulces afectos de la amistad y la familia, precedió al terrible y glorioso epílogo de su existencia.

II

Miguel Grau nació en Piura el año de 1834.

Comenzó su educacion en la escuela náutica de Paita, y fué despues llevado á Lima, donde en el colegio de Zapata, un educacionista argentino, tuvo por maestro á un

hombre de corazón ardiente y alma homérica: el poeta Velarde.

Parece que muy luego, los muros del colegio fueron horizonte estrecho para el futuro marino, pues, niño todavía, embarcóse en un buque mercante y navegó por Europa, América y Asia.

De vuelta de estos largos cursos, ingresó como guardia-marina en la armada del Perú en 1857; era Capitan de navio en 1873 y Contra almirante en 1879.

Un amigo suyo, al describir su carácter, emplea esta gráfica frase:

—No conocia—dice—la codicia, esa vitalidad de los hombres yertos; ni la cólera, ese valor momentáneo de los cobardes; ni la soberbia, ese calor maldito que solo engendra víboras en el alma.—

Y en verdad, Grau era generoso hasta el desprendimiento; apacible sin debilidad; humilde con esa hermosa humildad de la grandeza.

Apegado á las tradiciones de sus padres, era religioso con la sencillez caballeresca

de un cruzado y el liberalismo ilustrado de un verdadero cristiano.

Con estas relevantes cualidades el distinguido oficial fué parte integrante de ese brillante cuerpo que se llamó—la Marina peruana—hasta el día en que una guerra internacional sorprendió al Perú inerme y descuidado.

III

Desde entonces, la figura de Grau destacóse y se elevó gloriosa, llevandó en pos de sí las miradas, los votos, los corazones . .

Parécenos verlo todavía, cual entonces lo seguía la mente en aquellos días de zozobras y esperanzas, de pié en la torre del legendario «Huáscar», vigilante centinela de las costas, surcando los mares en busca de combates.

Hoy echaba á pique un buque, mañana bombardeaba un puerto; despues daba caza á una nave cargada con fuerzas de desembarque, y la apresaba con toda su gente; otro día, atravesando bajo los fuegos de

una escuadra, no sin enviarle terribles adioses, eclipsábase, burlando su persecucion, y desaparecia como una vision fantástica entre las brumas del océano.

Y era noble y generoso en su ardimiento. Al atacar un puerto respetaba los hogares, desviando de ellos el fuego de sus cañones.

Pero esta generosidad caballeresca, es-
tralimitacion en los usos de la guerra, fué al fin fatal, para el héroe y para la causa del Perú.

En pos de una hazaña arriesgada, pero de inmensos resultados, Grau introdujo una noche el «Huáscar» en la rada de Iquique, bloqueado por el «Cockrane», «Magallanes», «Abato» y otros.

Su objeto era acercárseles, embestir y echar á pique uno de éstos y huir á favor de las tinieblas, dejando entre los otros la alarma y el combate.

Mas, contra su espera, el puerto hallábase vacío. Un solo buque lo custodiaba: el «Matias Cousiño»; los otros habian salido en altas horas á cruzar fuera de la rada.

El «Matias Cousiño» estaba condenado á sucumbir. Pero al ir á echarlo á pique, Grau se apiadó de su tripulacion.

Quizá pensó en su esposa y en sus hijos, al pensar en las viudas y huérfanos que, la inmersion de aquella nave, iba á dejar sin amparo en la tierra...

Y tomando la bocina, invitó al Capitan del «Matias Cousiño» á salvar su gente trasbordándola á las lanchas.

El capitan obedeció con presteza.

Pero ah! ese tiempo concedido á tan noble accion, dió á los bloqueadores el de entrar en la rada; y, sin haber logrado su intento, el «Huáscar» tuvo que huir; y para salvar de una caza desesperada, forzar su máquina hasta casi inutilizarla.

IV

No de allí á mucho, el «Huáscar», cercado por toda la escuadra enemiga, despues de un combate homérico, sucumbia con los héroes que lo tripulaban.

Una bomba, estallando en la torre del Comandante, la voló, con él, en mil pedazos. . . .

Cuando el último de sus defensores estuvo muerto ó fuera de combate, la nave, medio sumergida, cubierta de sangre y de cuerpos destrozados, fué abordada por los vencedores con el ánsia febril de lo que se ha anhelado largo tiempo.

Avidos, convulsos, buscaban con ojos codiciosos entre el botin que tenían á sus piés, algo que parecia ser para ellos una valiosa presa.

¿Cuál era esta?

El cadáver del héroe peruano, que por un último favor de la fortuna, desapareció como el del héroe de Roma, en el fragor del combate.

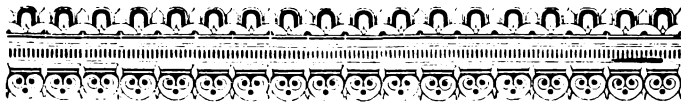
Pero su muerte fué uno de sus mas brillantes triunfos; y de entonces mas, su nombre resplandecerá como un astro esplendoroso en los fastos americanos.

Su tumba está en todos los corazones generosos.

Vivió como un héroe y murió con la resignacion serena de un mártir.

Hijo privilegiado de la gloria, ni la sacrílega mano del enemigo, ni las degradaciones del sepulcro, pudieron profanar sus sagrados restos, arrebatados hácia las regiones de la inmortalidad en una ola de fuego.





RICARDO PALMA.

I

MIRANDO el último retrato de este tradiccionista peruano en su actual edad, he pensado por vez primera que ya para él, la juventud ha pasado: de tal modo el alma del galano poeta guarda una juventud, una frescura que desbordan en su trato, en su pluma y se reflejan en sus producciones mas serias. Costaria á la mente asimilarlas á la edad madura, si á estos exquisitos dotes no se aunaran una grande enerjia, un austero estoicismo y una fuerza de voluntad incontrastable. Bajo el modesto título de Secretario

privado del Presidente de la República del Perú fué el mentor obedecido y acatado del irascible Balta.

II

No ha mucho, el mas terrible dia de la guerra con Chile, el fatal 15 de Enero, cuando huido Piérola del campo de batalla dispersando las tropas peruanas de línea, el enemigo apoyado por las bombas de su escuadra, avanzaba sobre las fuerzas de reserva situada en los reductos delante el pueblo balneario de Miraflores, cuyos habitantes, mujeres y niños, huian desparvoridos ante esas bombas incendiarias, Palma, desde los reductos, mandaba prohibir á su esposa el abandonar esos muros que los suyos estaban defendiendo, y la ordenaba aguardar en su hogar la victoria ó la muerte.

Y cuando la aterrorizada jóven, huyendo de su casa, saqueada y entregada á las llamas, con sus pequeños hijos en los brazos, llegaba á Lima, á pié y exhausta

de cansancio, él, cumplido hasta el fin el deber patrio, se reunió á ellos, serena la frente y fuerte el corazón, como en los días de la prosperidad.

III

Encargado por el Gobierno del Perú de la reorganización de la Biblioteca Nacional de Lima, saqueada por el invasor chileno hasta el último volumen; quemados sus vastas estanterías en las hogueras de los soldados acuartelados en su recinto, Palma se consagró al cumplimiento de esta misión con un patriotismo exaltado, que despertó no solo en América, sino en toda Europa, entusiastas simpatías.

Las academias, los palacios, las ricas residencias y los soberanos mismos, abrieron sus tesoros bibliográficos al abnegado solicitante.

El rey Alfonso XII, que en sus últimos días recibió la demanda de Palma, hizo á

Lima un valioso legado, flor de su real biblioteca.

Sin la pérdida de su colección de manuscritos, hoy la Biblioteca Nacional de Lima, gracias á la valiente solicitud de Palma, sería mas rica que lo fué en los mejores tiempos del Perú.





EL GENERAL FRANCISCO VIDAL.

Señor General don Bartolomé Mitre.

Querido General :

Estoy leyendo su bello libro—«Historia de San Martín». En el tomo segundo, página 317, en el gráfico relato de la toma de Valdivia, (1) encuentro que Vd. ha quitado al Perú, para adjudicarlo á Chile, al héroe de aquella gloriosa jornada, el Subteniente Francisco Vidal, peruano desde su mas remota ascendencia; nacido en Huacho, donde hasta hoy reside su familia radicada con antiguas propiedades.

(1) Al ponerse el sol, Miller con 50 artilleros de la «O'Higgins» y 25 soldados y marineros de el «Intrépido», mandados por el capitán Francisco Erézcano, el teniente Daniel Cazón (ambos de Buenos Aires) y el subteniente Francisco Vidal (chileno), efectuó su desembarco, y á pesar del fuego de la infantería enemiga abrigada por las rocas de la costa, saltó en tierra, la desalojó y se hizo firme en el puerto.

En 1864 escribí yo su biografía, que leí al General Vidal la vispera de su muerte, sentada al lado de su lecho, mientras el viejo guerrero lloraba al recuerdo de aquellos días de grandeza.

Juzgue Vd., mi General, si no tendré razon para defender esa gloriosa nacionalidad, hoy, sobre todo que el Perú, en desgracia, necesita la aureola de todos sus héroes, así de los vivos como de los muertos. Por tanto, espero de la rectitud de Vd. que restituya al ilustre subteniente Vidal á su verdadera patria.

JUANA MANUELA GORRITI.

Lujan—Las Conchas, Febrero 7 de 1890.

Señora Da. Juana Manuela Gorriti.

Distinguida señora y amiga :

En este punto, hallándome convaleciente, he tenido el gusto de recibir su estimable carta de ayer.

Me felicito de que le sea agradable mi «Historia de San Martin,» y agradezco sus afectuosas palabras, que retribuyo cordialmente.

Siento mucho no haber consignado con ocasion de la toma de Valdivia de que fué el subteniente Vidal, cual fué su verdadera patria, auy creo que mas adelante lo doy como peruano, al ocuparme de las guerrillas nacionales que concurrieron á la toma de Chile. De todos modos, es un deber mio rectificar ese

error en la primera ocasion, dando la gloria del héroe á la tierra que lo vió nacer.

Con mis mas simpáticos votos por su felicidad, me repito de Vd. como siempre su afmo. amigo y S. S. S.

B. MITRE.

FRANCISCO VIDAL.

QUIEN recorre los fastos de la grandiosa epopeya de nuestra independencia, encuentra frecuentemente y en contraposicion á nombres execrados, nombres gloriosos que brillan como fúljidos lampos en el lejano horizonte de la Historia.

Despues, á medida que á la iliada sucede la odisea, y á las sublimes proezas de la guerra sagrada, las fechorias de la guerra fratricida, los ilustres nombres desaparecen del terreno prominente y en vano se les buscaria en primer término sobre esos oprobiosos cuadros sino como vivas protestas, cada vez que una mano liberticida se alza contra las instituciones de la patria que ellos fundaron.

La mirada los busca con devoto anhelo en las doradas filas de nuestro ejército; pero ¡ah! cuán pocos se encuentran allí! De los mas solo queda una inscripcion sobre el mármol de su sepulcro. Los otros, objetos de envidia, de animadversion y de perpetuo recelo para la generacion que libertaron, viven como las águilas, alejados y solitarios. Sencillos en su grandeza, ajenos á los mezquinos manejos de la ambicion, habitan los campos, y riegan con sudor la tierra que antes regaron con sangre.

No los busqueis en los palacios de los ricos, ni en las antesalas del poder; buscadlos en los dias de alarma, cuando la patria está en peligro, y los vereis empuñando el sable de Maypú, de Pichincha y de Junin, el cabello encanecido, pero el alma llena de marcial ardor, acudir allá donde los llaman el honor y el deber.

Entre esa noble falange reliquia de una época de grandeza, hay un hombre cuya hoja de servicios es por sí sola un poema

— poema palpitante de interés sembrado de incidentes variados y de heróicos hechos. Allí se halla en toda su magnífica plenitud la vida del soldado,— ora sobre las ondas del Océano al asalto de una nave con el puñal en los dientes y enarbolada el hacha del abordaje; ora escalando los muros de una fortaleza; ora á caballo, cargando lanza en ristre al frente de una columna, ó ya oculto en una floresta flanqueando al enemigo con un nutrido fuego. Al leerla, toda alma americana se sentirá arrebatada de entusiasmo; y la hija del antiguo guerrillero que vengó la tregua rota en Huaqui con la terrible emboscada de las Piedras, aspirando con delicia el humo de la pólvora mezclada al perfume de gloria que esas páginas exhalan todavía, se propuso extraer de ellas algunos rasgos prominentes, en tanto que llegue el día en que la pluma del biógrafo consigne en el libro de la historia, los hechos de nuestros ilustres próceres.

I

Un dia, en 1818, un mancebo imberbe, casi un niño, arrancándose á los brazos de los suyos, al mimo materno, abandonaba las playas del Perú.

El heroismo bullía en su alma, é iba á alistarse en las filas de los libres, bajo el lábaro azul que traía San Martín del otro lado de los Andes.

Poco despues, en la bahia de Valparaiso, el almirante Cochrane, próximo á partir con su escuadra para la primera expedicion al Perú, recibió á su bordo al alférez Vidal: no sin sonreir al aire de intrepidez que respiraba en las facciones de aquel niño.

Pero muy luego aquella sonrisa debió trocarse en admiracion, cuando en el curso de esas campañas que sembraron de gloria las aguas y las costas del Pacífico, el Almirante vió siempre que el jóven Vidal era el primero que acometia el peligro, y

su nombre el que sonaba mas alto entre las aclamaciones del triunfo.

Llegada la escuadra á las costas del Perú, el jóven Alférez, que, como hijo de aquel litoral, lo conocia palmo á palmo, se hizo el mensajero y el portador de todas las comunicaciones entre Cochrane y los patriotas.

Despues de un brillante estreno en los primeros combates que trabó la escuadra con los buques españoles surtos en la rada del Callao, Vidal, comprometido con Lord Cochrane á traer y llevar de Lima en treinta horas una comunicacion importante, desembarcó acompañado de algunos hombres, entre unas rocas cerca de Supc. Ocultó allí su gente; deslizóse como una sombra entre la guarnicion española que bordaba la costa: corrió á una hacienda inmediata perteneciente á un amigo de su familia: pidióle un caballo cuya velocidad le era conocida, saltó sobre él y desapareció.

Treinta horas despues, desempeñada su comision y de vuelta entre los peñascos

donde lo esperaban los suyos, en vez de embarcarse, mandó solo las comunicaciones á Lord Cochrane, escribiéndole algunas palabras con lápiz sobre la cubierta del pliego. La respuesta del Almirante fué enviarle un destacamento de cuarenta hombres.

Vidal condujo aquella fuerza á la vera de un camino, y la apostó entre las sinuosidades de una hondonada.

De allí á poco un convoy de dinero, que el Virey mandaba embarcar en Huacho, cruzaba el camino custodiado por una fuerte escolta.

Vidal se arrojó sobre ella, la deshizo y apoderado del tesoro lo llevó á bordo de la Almirante.

Luego, Cochrane, dándose á la vela hácia aquella caleta, envió á Vidal de registro á bordo de un bergantin francés, de donde extrajo sesenta mil pesos y muchas municiones de guerra, uno y otro pertenecientes á los españoles.

Como se vé la aventurosa escursion del

jóven Alféres al través de tantos peligros, habia sido fecunda en resultados.

En esos dias, de vuelta á Supe, batiéndose en tierra, á las órdenes de Miller, con una fuerza realista que fué deshecha, arrebató el estandarte español de las manos de un colosal abanderado; anudó en la lanza su faja azul, divisa de los libres, y continuó el combate cantando una cancion de triunfo, con la alegría del niño y la serenidad del héroe.

La bulliciosa valentía de aquel rapazuelo, impuso de tal modo al enemigo, que el Comandante Camba, llegando con una fuerza considerable en auxilio de los suyos, no se atrevió á atacar los patriotas, y los dejó alejarse llevándose, con un botin valioso, la bandera española y el honor del combate.

¿Qué es el poder de la fuerza material ante el poder sublime del espíritu?

Así, viendo siempre aquella figura de niño, ya á bordo, ya en tierra, agitarse en lo mas rudo de las refriegas, los es-

pañoles que llamaban á Cochrane *el diablo*,—apellidáronlo á él *el diablillo*. Y con este nombre aprendieron á estimarlo; porque el diablillo, bravo como un paladin, era humano y generoso en el triunfo.

II

En la toma de Pisco, cuando los patriotas avanzaban entre un mortífero fuego, Vidal viendo caer á su jefe, mortalmente herido, lo levantó en sus brazos y siguió el combate con imperturbable serenidad.

Poco despues, en las aguas de la Puna, cuando Cochrane yendo en busca de una vela enemiga, se halló al frente de otras dos y las atacó, el pequeño Alférez impacientado con la dilacion, fiel á su costumbre é infringiendo la severa disciplina marítima, se puso á cantar en todos los tonos de la escala, cromática:—¡Abordaje! ¡abordaje! ¡abordaje!—siendo el primero que á la voz del Almirante, echó el gárfio y saltó al puente de *La Aguila*.

En seguida á esta captura, encontrándose la escuadra exhausta de víveres, ordenó el Almirante al Capitan del *Lautaro* fuese á tomarlos en Balao, pueblo situado entre bosques, sobre una de las bocas del Guayás, y ocupado por una fuerza de 500 realistas que atrincherados en fuertes parapetos, rechazaron á la guarnicion del *Lautaro*.

Pero al mismo tiempo que éste marchó sobre Balao, Vidal, al mando de cincuenta hombres, desembarcaba en las raices de un manglar, á diez cuabras de aquel punto.

Por lo bajo del bosque se extendia una red de enmarañados matorrales, de lianas y troncos derribados, que embarazando la marcha, la hacian imposible.

Pero Vidal no se detuvo ni vaciló ante aquel obstáculo. Formó su gente, le ordenó seguir su ejemplo, y dando la voz de —*adelante!*— asióse á las ramas de un mangle, y escaló el bosque como hubiera es-

calado una muralla, desapareciendo con su tropa entre las copas de los árboles.

Los realistas, confiados en su excelente posición y ufanos con el buen éxito de su resistencia, estaban lejos de sospechar la proximidad del aéreo enemigo, que cayendo de repente de lo alto del tupido ramaje se arrojó sobre ellos y los dispersó.

La escuadra pudo entonces proveerse de víveres frescos para emprender su expedición á Valdivia.

III

Un día, 3 de Febrero, Cochrane con una fracción de su escuadra, llegaba á las costas de Valdivia y entraba en un canal erizado de fuertes.

Anochece.

El mar estaba borrascoso y el fuerte *inglés* lanzaba torbellinos de metralla sobre tres esquifes que desafiando sus fuegos y los de doscientos cazadores españoles que guarnecían la playa, avanzaban intrépidos entre el tumulto de las

olas que amenazaban estrellarlos contra las rocas.

Del primero que toca la arena saltan cuarenta hombres que se arrojan á la bayoneta sobre los realistas, que huyen despa- voridos. Síguenlos, los acuchillan, acaban de dispersarlos, y avanzan hácia el fuerte por una senda escarpada.

Miller que manda aquel puñado de valientes, tiene necesidad de quedarse á esperar el desembarque del resto de la tropa. Reemplázalo un jóven oficial, listo y turbulento, que saltando de peñasco en peñasco, se adelanta sonriendo.

—¡Tambor!—gritó—paso de ataque!— Y viendo al volverse, que la caja habia sido llevado por una bala:—¡No importa!—añadió. Y tarareando el paso de carga, llegó bajo los fuegos del enemigo; arrojó su gorra á lo alto del fuerte, enviándole una amenaza en esas palabras de heroica puerilidad que despues pasaron á proverbio.—*A donde mi gorro vaya, allí voy yo,* y desapareció con su gente entre las som-

bras de la noche, al mismo tiempo que el Almirante llegaba allí con el grueso de sus fuerzas, y recibía, devolviéndolo, un granizo de fuego.

De repente oyóse á espaldas del fuerte la detonacion de una descarga seguida de tumultuosas aclamaciones. Las puertas del fuerte se abrieron con violencia, y su guarnicion se precipitó afuera, huyendo espantada hácia los otros fuertes.

Era que el jóven oficial habia cumplido su promesa; para reunirse á su gorra habia escalado el fuerte, sorprendido á los españoles, puéstoles en derrota, y ahora los persigue acuchillándolos de fuerte en fuerte, secundado ya por sus compañeros.

Así, al cabo de algunas horas, los patriotas se habian hecho dueños de toda aquella línea de fortificaciones.

Cochrane abrazó al jóven.—«Diablillo de las costas del Perú—le dijo, riendo para ocultar su emocion—cantorcito de las refriegas, héroe de las marchas aéreas sobre los manglares del Guayas,—¿cómo has he-

cho para escalar este inexpugnable fuerte?»

—El jóven sonrió con modestia, aunque bien pudiera responder como en la leyenda del fundador de Alba:

—*Trepamos como gatos: peleamos como leones. . .*

En nuestro tiempo esa hazaña habria puesto la pluma blanca en la cabeza del jóven y un millon á sus piés. Pero tuvo una recompensa mas digna de él. Desde ese dia, el fuerte que tomó con tanto denuedo, se llamó *Fuerte de Vidal*.

IV

Despues del asalto de Chiloé donde hizo prodigios de valor, incorporado al ejército de los Andes, Vidal fué presentado á San Martin, que entusiasta de sus hazañas habia pedido su ingreso, entre las huestes que mandaba.

Héroe en toda la sublime acepcion de esta palabra, nadie supo apreciar mejor á aquellos que se le parecian. Su mirada

de águila se fijó con curiosa admiracion en el semblante del jóven oficial: estrechóle la mano en silencio, con la confraternidad instantánea que se establece entre valientes, y llevándolo aparte, habló largo tiempo con él, á solas.

Por resultado de esta conferencia, Vidal con otros tres compañeros, se embarcaba al dia siguiente y hacia vela para las costas del Perú.

Su mision era preparar con los patriotas el desembarque de la expedicion libertadora; y á este efecto traia comunicaciones importantes y proclamas que debian esparcir en todo el litoral.

A la altura de Huarmey, la balandra que los conducia, descubrió una línea de agua que pocas horas despues la echó á pique. Los pasajeros escaparon en una balsa; pero el mar estaba grueso y la volcó á tres millas de la costa.

Vidal, que previó la catástrofe no quiso esperarla: y cargando consígo las cajas selladas que contenian la correspondencia

de San Martín, se arrojó al agua y nadó hacia la costa.

Grande era la distancia; pero él que sabía mantenerse con igual seguridad sobre la cresta de una ola que en el lomo de un caballo, después de cuatro horas de lucha con las terribles rompientes de la costa, tocó al fin la arena, desnudo y fatigado, pero trayendo siempre el depósito que se le había confiado.

Hallábase en una playa desierta, bajo un sol de fuego, sin agua ni recurso alguno.

Sin embargo, Vidal no se desanima.

Entierra las comunicaciones al pie de un cerro, señala el sitio, y se marcha tierra adentro.

Encuentra una cuadrilla de bandidos que lo rodean, lo auxilian y le preguntan quien es. Dáse por un marinero escapado del naufragio. Interesa al capitán que le propone enrolarse en su banda.

La perspicaz imaginación de Vidal vió en esta idea un mundo de recursos para

el desempeño de su comision. Aceptó pues, pero á condicion de que se le dejaran hacer sus escursiones solo y sin tomarle cuenta del modo ni del tiempo que empleara en ejecutarlas.

Difícil era aquello; pero el mismo sentimiento que habia inspirado á San Martin la vista del jóven, se hizo tambien lugar en el alma del bandido. José Cerrano consintió en todo. Lleváronlo á su guarida; tiñeron su rostro con el jugo de un arbusto; caláronle como peluca la lanuda piel del cráneo de un negro, vistiéronlo de jerga, hiciéronlo en fin, á su imágen y semejanza, y el héroe de Valdivia comenzó la mas extraña de todas sus campañas.

A pocas leguas de Huarmey, una rica hacendada, tia de Vidal, tenia su residencia en una de sus posesiones.

Una noche, hallándose sola en su cuarto la buena señora, vió entrar un negro mal entrazado, que echando el cerrojo á la puerta, vino hácia ella y la estrechó en sus brazos. Llena de miedo iba á gritar

pidiendo auxilio. El negro la llamó por su nombre, y la dama reconoció á su sobrino, que le esplicó los motivos que lo obligaban á vestir aquel disfraz. La señora, que como toda la familia de Vidal, era patriota hasta el fondo del alma, entró gozosa en todos los planes de su sobrino.

Desde ese dia, y durante dos meses, Vidal hizo frecuentes visitas al cerro de Tamboreras. Desenterraba comunicaciones, les ponía fechas segun las instrucciones de San Martin, traíalas á Lima ó á otros puntos, y volvía á casa de su tia, donde ésta le llenaba los bolsillos de oro, que él llevaba á José Cerrano como fruto de sus correrías.

Así, robándose á sí mismo, pues era heredero de su tia, logró proporcionarse un asilo seguro, y los medios de desempañar su comision aún mas allá de las esperanzas de aquel que lo habia enviado.

Todo esto no pudo hacerse sin que los realistas sospecharan, en las ráfagas de

rebelion que soplaban, en torno suyo, la presencia de un poderoso agente. Diéronse órdenes severas, y pusieron subido precio á su aprehension.

Pero el ser misterioso que buscaban se deslizaba de entre sus manos, siempre invisible.

Un dia los ladrones no vieron volver mas al activo colaborador de las auríferas presas. Creyéronlo muerto y hubo duelo en el aduar.

Era que cumplidas las instrucciones que habia recibido, reunidos de concierto con los patriotas todos los elementos necesarios al arribo y desembarque del ejército de San Martin, preparado todo para la libertad de su patria y sabiendo que la expedicion libertadora se hallaba ya en Ancon, Vidal habia concebido y puesto en ejecucion una empresa atrevida, verdaderamente digna de él.

V

Hallábase en Supe, reuniendo caballada,

un escuadron de dragones de 180 plazas. Habia ya completado el número, y se disponia á marchar á Huaura para reunirse allí al batallon Burgos. Vidal tomó consigo diez jóvenes, amigos suyos de infancia, valientes como él, y como él resueltos, y dióse á vagar en torno al cuartel.

Era este una casa de altos paredones dividida en dos patios. En el primero habiendo ya tocado á botasilla, estaban los caballos listos; en el segundo los soldados tomaban su rancho al rededor de la gamella.

Vidal aprovecha este momento: arrójase sobre el centinela y lo desarma; en seguida corre á cerrar la puerta que conduce al segundo patio, dejando á los dragones desarmados y en completa incomunicacion. Sorprendidos y creyéndose atacados por una numerosa fuerza se rinden, entregando á su jefe y oficiales.

Vidal apoderado de ellos y de la caballada que llevaban consigo, marchó á reu-

nirse con San Martín que había desembarcado en Huacho.

VI

Desde entonces la existencia de Vidal fué una serie de combates y de triunfos. Nunca la causa americana debió tanto al brazo de un hombre solo. La imaginación se fatiga siguiendo su huella en esa campaña de seis años, palenque cerrado en que no pasó un día sin pelear y vencer. Impetuoso hasta la temeridad, centuplicándose en todos los sitios donde había peligros que desafiar, siempre á caballo, empuñada la lanza ó la espada se le vé, ora arrojarle con unos pocos soldados sobre un batallón vencedor, poniéndolo en vergonzosa fuga, como en Huanpani; ora flanqueando al ejército enemigo, apresarle su retaguardia como en la retirada de La-Serna; ora entrando casi solo en Lima ocupada por numerosas fuerzas realistas, sorprender sus centinelas y arrebatarse sus

patrullas, dejando en pos de sí sangrientas señales de su paso.

No hay un solo palmo de nuestro territorio, desde Tumbes hasta el otro lado de los Andes, que no sea testigo de alguna de sus hazañas: uno solo cuyos écos no repitan su nombre.

San Martín le había dicho al hacerlo Capitán:—«Camarada, usted es el primer soldado del Perú»—Vidal fué más allá: fué el primero de sus campeones. Si! porque habiendo combatido como nadie para cimentar su libertad, como nadie también se consagró á defender sus instituciones.

Centinela avanzado del orden y de las leyes, jamás transigió con los que osaron amenazarlos.

Llegados los días luctuosos de la invasión boliviana, cuando el auxiliar se convirtió en conquistador y que el sagrado pabellón bicolor fué cruzado con una bastarda barra; mientras aquellos que provocaron la catástrofe buscaban en el extranjero los honores del ostracismo en una cobarde de-

sercion, abandonando á la pátria moribunda, Vidal se quedó en su seno, espiando, lleno de fé, el primer rayo de la aurora de Yungay para salvarla.

Y en las terribles peripecias de la guerra civil, donde sucumbieron el honor y la conciencia de todos, él sofocando muchas veces las afecciones del corazon, desde la Garita de Moche hasta los campos de la Palma, consagró siempre su brazo y su espada al gobierno constitucional, sin que pudieran falsear su severa integridad las simpatias del alma ni las seducciones de la fortuna.

¡Dichosos los que pueden retemplar su patriotismo y sublimar su nombre en el crisol de una guerra nacional!

¡Dichosos todos los que hallaron la senda del deber en el terreno de la gloria!



INDICE

	<u>Pág.</u>
Exordio.....	3
Juana AZURDUY DE PADILLA.....	5
Santiago ESTRADA.....	11
El General Miguel de GÜEMES.....	17
Miguel JUÁREZ CELMAN.....	27
MITRE.....	37
José Segundo ROCA.....	47

Gregorio PACHECO.....	53

Adelaida RISTORI.....	75
Francisco CARNICER.....	79

Miguel GRAU.....	81
Ricardo PALMA.....	89
El General Francisco VIDAL.....	93



DE LA MISMA AUTORA:

Sueños y Realidades, 2 tomos en 4°.

Panoramas de la Vida, 2 id en 4°.

Misceláneas, 1 id en 4°.

El Mundo de los Recuerdos, 1 id en 8°.

Subvencionado por el Gobierno de la Provincia de Salta.

Oásis en la Vida, 1 tomo en 8°.

Subvencionado por los Gobiernos de las Provincias de Córdoba y Entre-Ríos.

La Tierra Natal, 1 tomo en 8°.

Subvencionado por Ley n°. 2607 del Congreso Argentino y por el Gobierno Uruguayo.

Cocina Ecléctica, 1 tomo en 8°.

Subvencionado por Ley n°. 2607 del Congreso Argentino.

EN PREPARACION:

Perfiles, (*segunda parte*).

Lo íntimo.





IMPRESA EUROPEA

ESPECIAL EN OBRAS DE LUJO

MORENO Y DEFENSA

BUENOS AIRES

